

CAMACHO ROLDAN EN LA INTIMIDAD

Relaciones de familia por demás íntimas ligaron mi vida al nombre del doctor Salvador Camacho Roldán. No le conocí. Cuando él murió —el 19 de junio de 1900—yo no había nacido, mas esta circunstancia no impidió, que desde los primeros años de mi niñez, a través de los relatos del hogar, aprendiera a venerar la memoria de este hombre, que en su larga existencia tuvo por norma la bondad y por guía la sencillez.

Miembro del radicalismo colombiano, heredó de su padre, el doctor Salvador Camacho, compañero del general Santander, ponderada devoción por el culto hacia las libertades ciudadanas, en un tiempo, en que la influencia castellana dominadora y poderosa regía aun los destinos de los granadinos. Consciente y deliberadamente el hijo se separó del liberalismo del padre para formar parte del grupo de los Gólgotas, expresión ésta sentimental y romántica, que intentó en vano imponer a los hombres de la Nueva Granada un mundo espiritual, generoso y amable. Camacho Roldán, cabeza de esa generación del 48, dio vuelo a las aspiraciones de sus compañeros y dirigió los destinos de su vida desde un punto de vista razonador y sensato. Su credo filosófico puede sintetizarse en una palabra: bondad. Su patriotismo en otra: servir. Enemigo de exageraciones y violencias, contempló con desvío esa interpretación rotunda de la verdad, que dañó y desfiguró el talento de algunos de su época. Parco de palabras, riquísimo en ideas, su frase no tuvo el giro elocuente de un Rojas Garrido, mas siempre fue acatada como la más pura muestra de ejemplar sinceridad.

Severo y rígido para juzgar lo propio, demostró de continuo bondad inmensa para examinar las acciones de los otros. Tolerante, en medio de una etapa de rabiosa intolerancia, sus inclinaciones le llevaron al campo de las reformas radicales, pero a diferencia de los caudillos del Olimpo, siempre supo perdonar. Era un razonador y un

filósofo. No ocultó su desprecio por aquello, que aun de lejos tuviera visos de jugada política, y sus frases más amargas fueron para condenar las prácticas innobles de los políticos de moda. Solemne e implacable, sin importarle el futuro, lanzó contra amigos o enemigos su palabra inflamada para condenar lo condenable, para aplaudir lo justo, para defender al débil, para exaltar las virtudes, para doblegar al orgulloso.

De haberlo querido habría llegado a la presidencia de los Estados Unidos de Colombia. Tenía derecho a ella. Pero antes de atar su inteligencia y su corazón al carro vencedor de Núñez, prefirió quebrarse desde los bancos de la oposición y contemplar con pena la desbandada de los amigos. Un hombre así, colocado en ese círculo político, ruidoso y azaroso, rara vez goza entre el populacho de prestigio perdurable. Camacho Roldán fue una excepción. Carecía de esos aditamentos y disfraces gratos a los ojos de la plebe, y sin embargo, a pesar de la severidad de su semblante, la gente iba hacia él en busca de consuelo a sus miserias atraída por el brillo de sus ojos y las pruebas grandes de su generosidad conocida.

Los radicales no le perdonaron nunca su altiva y terrible acusación contra el presidente Obando. El general Mosquera, vencedor en Rionegro, en la exaltación de su carácter atrabiliario y violento quiso fusilarle al comprender que todas sus ambiciones de caudillo vencedor y todas sus aspiraciones de hombre de guerra se estrellaban contra la valerosa resistencia de este hombre civil, desdeñoso del poder, indiferente por la gloria, capaz de entregar la vida en defensa de una idea, incapaz de tolerar la menor lisonja. Los nuñistas le odiaron con desesperanza y furor al ver en su prosa y en su palabra al juez inexorable de sus picardías, y hasta los liberales del 95, seducidos por inoportuna valentía le miraron con acritud, cuando desde lo más alto de su autoridad de hombre de bien condenó esa aventura bélica disparatada y estéril. Tal fue su vida: una lucha perenne en defensa de un noble ideal.

* * *

Casó el doctor Salvador Camacho Roldán en Bogotá en 1859 con doña Carmen Tamayo Restrepo, dama ilustre, de abolengo antioqueño. En esa vida retraída y pobretona de la sociedad bogotana de mediados del siglo, su hogar fue modelo de todas las virtudes. Desprovisto de riquezas,

recatado en su aspecto exterior, efusivo y cordial en la intimidad, consagrada la existencia de los padres al amor de los hijos y al trabajo, paso a paso el doctor Camacho desarrolló sus energías en beneficio de los suyos.

Su amigo predilecto fue Juan de Dios Restrepo, radical, escritor y descreído. Sus compañeros José María Samper y Eustorgio Salgar, éste hasta la muerte, aquél hasta el día en que abandonó la vieja tolda para buscar asilo en los campos del nuñismo. El doctor Camacho, desde la hacienda de "Utica" en las vecindades de Tocaima, con ojo inteligente examinaba el movimiento político de su tiempo, y con frecuencia, en sus continuos viajes por en medio de los campos incultos, adivinó un porvenir venturoso para esas tierras, a tiempo que otros, sólo vieron en ellas escenario para sus luchas y carne de cañón para sus guerras. Ya para entrar en la vejez fundó con sus hijos y su cuñado don Joaquín Emilio Tamayo la Librería Colombiana, con el pensamiento de servir a la ilustración de los bogotanos, antes que hacer fortuna. Dos o tres viajes al exterior diéronle la oportunidad de comparar nuestras miserias con la prosperidad de los Estados Unidos y de Europa, y a través de su correspondencia y de artículos más tarde publicados en volumen, fijó su pensamiento, sus ideales de bienestar y de paz, realizados tan sólo años después de su muerte.

Fue a esperarla sin temor en su casa de campo "El Ocaso". Lejos del ruido atronador de una guerra bárbara, decepcionado acaso de esa nueva generación, que buscó en los campos de batalla una venganza, con olvido lamentable del verdadero principio liberal, herido por el desafecto de Núñez a sus ideas de juventud, atormentado por la visión de un futuro incierto y desolador, descansó para siempre, a tiempo que la pólvora corría de un extremo a otro de la república.

* * *

Si noble y bondadoso fue para los extraños, cordial y diligente fue para los suyos. Austero, sin llegar a la severidad, modeló la vida de sus hijos a través del ejemplo de su padre. Prueba de ello son los consejos que supo dar a los herederos de su nombre. Estos consejos, esa "simplificación de la vida" como llamó a su ideal, al compás de los años, santificado por el recuerdo, alcanza hoy aspecto mag-

nífico y solemne. Es la expresión más grande de una inteligencia vigorosa unida felizmente a un gran corazón.

¿"Quereis ser felices en este mundo? Tratad de simplificar vuestra vida. No marchéis con los ojos fijos hacia muchos objetos a la vez. Aplicaos a escoger el mejor; es decir, aquél que os designen como más adecuado a vuestros alcances los consejos de las personas que os amen, las circunstancias y vuestras propias fuerzas; y después de haberle elegido perseverad en él, caminad para alcanzarle, sin precipitación, pero sin tregua, sin emplear otros medios que los que dicta una conciencia pura, y siguiendo un solo camino, el más directo.

"Reducid el número de vuestros deseos y pasiones lo más que os sea posible. Coged el hacha y arrancad toda rama inútil, que el tiempo se encargará de cicatrizar las heridas.

"No busquéis vuestros placeres sino en las cosas sencillas, profundas y eternas. Amad a la naturaleza. Dicho aquél que no se cansa de admirar la hermosura de los campos y de las selvas, las magnificencias de la luz y de las nubes y los apacibles esplendores de un cielo estrellado! No améis en las artes y en las letras nada que no sea verdaderamente bello. No os alucinéis con los aplausos pasajeros que un falso gusto concede a veces a lo mediano, a lo amanerado y a lo falso.

"No tengáis más que un corto número de amigos, y soportad sus imperfecciones como ellos soportan las vuestras. Querédlos con sinceridad y sédles fieles. La más sólida base de la felicidad estriba en las afecciones honradas y experimentadas."

Tal era en la intimidad el doctor Salvador Camacho Roldán.

JOAQUIN TAMAYO

